

LA TRANSACCIÓN

Salamanca, a 23 de junio del 2003

Querida Yolanda:

La única finalidad de esta carta es desahogar mi corazón aunque sólo sea durante unos minutos. Enviártela sería la cosa más vil que pudiera hacer. Esa no es su finalidad. Sólo quiero dejar claros mis sentimientos aunque sólo sea durante unos instantes. Al finalizar, tengo intención de destruir lo escrito.

¿De qué te quiero hablar? De amor, fundamentalmente. De cariño, de pasión. Es una carta contradictoria: por una parte, te declaro mi amor; por otra, me despido para no volver a verte jamás.

Soy médico, o bueno, pretendo serlo. Estoy haciendo el M.I.R. en el hospital público de Salamanca. Hace cosa de dos años, en un trágico accidente ocurrido en la gran vía, una joven de 23 años de edad fue atropellada. A pesar de todos los esfuerzos que hizo el equipo de médicos de guardia, su cabeza parecía presentar daños irreparables. El coma parecía inevitable. La familia de la joven accedió a mantenerla con vida conectada a las máquinas y desde entonces así has vivido.

A mí me asignaron el cuidado de la paciente. Desde entonces me he encargado de seguir la evolución, si es que se puede llamar así, de tu estado. Estas condenada a vivir hasta el día de tu muerte sin ser consciente de lo que suceda a tu alrededor. Estas muerta en vida. Todos sabemos que sería mejor desconectarte y acabar cuanto antes con el sufrimiento. Pero nadie se atreverá a dar el paso. La esperanza de que un día abras los ojos y te levantes como si nada hubiese sucedido permanece viva en el corazón de todos y cada uno de tus familiares. ¡Ilusos! Te escapaste de una muerte segura quedando en el limbo de la inconsciencia. Vives sin ser.

Hemos pasado muchas tardes juntos. Yo, sentado en una silla al lado de tu cama, agarrándote la mano hablaba y hablaba sin parar. Tú, en silencio, escuchabas, sin decir palabra. De vez en cuando, viendo que preferías dormir, callaba y me dedicaba a observarte. Observaba tu pelo caído sobre la almohada, lo recto de tu nariz, tus labios y me enamoraba. Cuando veía que ya era tarde, me despedía con un suave beso en la frente.

Mis compañeros recriminaban mi actitud diciéndome que estaba loco al haberme enamorado de una chica que nunca iba a despertar. Que dejase en paz a los muertos y me mezclase con los vivos. Pero yo prefería estar contigo. No me importa si nunca vas a despertar, o que si lo haces me ignores. Te quiero, Yolanda, te quiero. Lo supe el primer día que te vi tumbada en la cama, esperándome. Te quiero y por eso voy a librarte de esta carga tan pesada.

Ya no sé si creer en Dios. Desde que te conocí, rezo todas las noches pidiéndole te librase de semejante mal. A las pocas semanas de empezar mis rezos, un hombre se puso en contacto conmigo haciéndome una proposición. La rechacé - bueno, confieso que no, simplemente le dije que me lo pensaría, que si lo necesitaba ya le llamaría - y dejándome una tarjeta no volví a saber más de él. Lo que me proponía era peor que un asesinato. Me negaba a ello. Por mucho que te quisiera, no podría hacerlo. Es demasiado cruel. No quiero.

Pero han ido pasando los días, los meses, e incluso los años desde entonces y tú, no has sentido mejora alguna. Lo más triste del caso es que sé a ciencia cierta que nunca te recuperarás. Desesperado, sin

saber lo que hacer, me acordé de la proposición hecha hace años. Le llamé e instantes después llamaba a mi puerta.

- Debes ser consciente de la gravedad del paso que vas a dar - me dijo. Vas a entregar la vida de una persona.

Asentí con la cabeza.

- Nosotros no queremos tener ningún problema. Es necesario redactar un contrato donde se ponga de manifiesto tu voluntad de llevar a cabo la, llamémosla así, transacción. Una vez llevado a cabo no hay marcha atrás. Además, es importante que quede por escrito el pago a realizar. Somos muy caros. Conoces el precio y lo has aceptado.

Volví a asentir con la cabeza. Entendía perfectamente que se quisieran lavar las manos. Ellos serían los encargados de llevar a cabo todo tipo de acto necesario para sacarte de tu sufrimiento eterno. Pero yo era quien lo había decidido. Ellos no son más que un simple instrumento en mis manos, un inocente cuchillo, mientras que yo soy el culpable que lo empuña. La culpa de sus actos es mía, no suya. Por otra parte, querían garantizar la firma del contrato donde figuraban sus honorarios. Un acto como el que van a llevar a cabo es costoso. Entiendo perfectamente que quieran tenerme bien agarrado.

Esto sucedió ayer por la tarde. Dentro de unos minutos aparecerá con todos los documentos. No me arrepiento de nada. Te quiero, Yolanda. Si vendo mi alma al diablo es por tu amor. En compensación, él me ha prometido sacarte del estado de coma. Tú podrás vivir. Como comprenderás no puedo enviarte esta carta. Quiero que seas feliz. No importa lo que a mí me ocurra. Desconozco el infierno (¡qué gracioso! pues seguramente me lleven al infierno de verdad) al que me van a someter. Lo único que lamento es no haberme decidido cuando se presentó ante mí por primera vez. Podrías haber disfrutado de todo este tiempo. Espero que sepas perdonarme.

Mañana, cuando despiertes, recuperarás tu vida. Vendo mi alma al diablo por tu amor. Te quiero, Yolanda, te quiero.

P.D.: He conseguido añadir una última cláusula al contrato. Me han permitido convertirme en tu diablo de la guarda. Estaré siempre detrás de ti, sin que tú me veas, protegiéndote de todo mal. A cambio de ello, me esperan todo tipo de torturas. Pero estoy contento de poder estar a tu lado. Vas a ser feliz, Yolanda, aunque tenga que destruir el mundo, disfrutarás de una vida placentera.

Autor: AMLP